

Victor Castro

## Perspectiva de Marianela



**D**ON Benito Pérez Galdós dejó en nuestros ojos ese sollozo de la niñez que cubre las cosas más tiernas. Las dulces lágrimas ruedan con precisión de alas y con sabor indeleble, de flor desconocida, pura, inmaterial. Porque esa edad corresponde a la formación de esa ciudad ya inmortal que a veces se llama corazón.

Fué entonces cuando la Marianela vino hasta nosotros. Traía una despreocupación de intrascendencia fugitiva, delgada, pero impetuosa. En un comienzo era débil y delgada brisa. Luego se puso a rondar en los labios, a igual que una sed de maravillas, y fué consumiendo los latidos del fuego que hasta allí llegaban.

El límite que el tiempo deja para las lecturas fué breve como un paraíso que recién se sueña, Marianela se transfiguró en la poesía que se conoce, se lleva, se siente, pero que no se sabe de donde viene. Las voces quedaron en los ojos anegados y llevaron las pupilas a una comarca de alturas nunca vistas, de ave cuyo plumaje nunca se tocó, ni se percibió, ni tampoco se di-

bujó en la loca desenvoltura del aire impreciso. Y la Marianela rodaba entre nuestro pecho, llena de características extrañas, inexplicables, hacia un claro abismo, con la primera intención de lo dudable.

Pero la infancia, poco a poco, pasa.

Las realidades chocan en los ojos con fuerza dura, de torbellino fantástico. Y dentro del pecho se quiebran las quimeras primerizas. Quedan como vuelos heridos, rodando finalmente hacia un suelo nuevo, no de alas, no de cielo, no de irrealidades que fueron magníficas. Y va terminando el sueño que, si es verdad que nunca acaba, también es cierto que sus respiros nos hacen saber cuán débiles murallas lo mantienen en vida tan secreta.

La Marianela parece también un sueño igual.

Sin embargo está allí, sonando como esas campanas interminables, de plata transparente. Llamando los pasos que tienden a esfumarse. Conservando con fuerza cada vez más débil las materias colorantes de corazones creados con un cariño no cambiabile, como los cielos recién construídos.

Pero acontece lo perfectamente explicable a la razón y eso que la infancia casi perdida aun no logra ni aspira a comprender: La Marianela ha cambiado. Y ha cambiado, porque don Benito vive cada vez con más fuerza, y sus ojos recuperan un campo de inagotables savias. Y eso ocurre, porque el creador de esta Marianela no habla jamás de sí. Era un hombre hecho a base de pureza, quizás más que un Quevedo

vengativo o que un Cervantes quejumbroso. Nunca aprovechó el recurso de la pluma, sino para crear una verdad de belleza, aun en los cánones más efectivos y austeros. Así, con esos elementos tan envidiables, con esa palabra tan viva, graciosa y firme, detentada en toda su obra, no imprimió nunca un vuelo hacia sí mismo. Ni tampoco aceptaba un elogio venido desde fuera. Don Benito era y estaba en sus libros.

Marianela es uno de los tantos casos.

Lo español sube allí con ternura, pero con una fuerza de carácter que lo hace inigualable. Cada personaje lleva un sello de tumultuosa raíz, como si al mirar a la conciencia lo hiciesen mirando a la tierra. Es, tal vez, un gesto romántico, muy a lo Pérez Galdós, de burguesía imperante del siglo XIX. Y es que allí está la mano de don Benito, para arrojar de sí un espejo certero, de aliento intocable, resistible sólo a maduras temperaturas.

Pero esa cara de la moneda lleva su cruz especial.

Lo poético, en un prosista como Galdós, cautiva.

Y es una poesía que se encuentra a distancias mínimas de la mejor que en aquellos tiempos imperaba. Disuelta en los horizontes; bañando las palabras; guiando los hechos, se introduce en Marianela con alma y memoria, surcando marcas y dejando tras de sí un terreno de experiencias ricas en luces y colores.

Los sentimientos suben hasta el sacrificio. Y el sacrificio termina en lo trágico, pasando por lo dramático. Todo ello, pues, constituye la espina dorsal de un

cuerpo literario hondo, de perspectivas cada vez más amplias y tenaces, cada vez más intensas y perfectas.

Marianela es de esas novelas cuyo fondo el autor domina a su manera, con un lujo de reservas espirituales y con una concepción cabal del espíritu, en cuanto a personajes se refiere. No sabemos hasta qué punto la extraordinaria asimilación de Galdós o del Madrid de aquellos años haya influido en esta obra tan matizada, tan excelentemente variada en sus caracteres fundamentales. En ella está lo cáustico y mordaz de un Quevedo. Lo sentimental de un Lope. Y tiene el colorido paternal de Goya o Velázquez.

¿Es Madrid o es Galdós?

Pero, ¡cuánto ha cambiado la Marianela de nuestro comienzo!... Se ha hecho una realidad casi de fondo crítico. Lo tierno ha ido perdiendo fuerzas gradualmente. La dura corteza del mundo reemplaza a la infancia de las lecturas que maravillan. Todo adquiere una plasticidad terrible, porque va riendiéndose a un mundo desconocido, de inusitadas fuerzas.

Pero si el Otoño, de oro clamoroso, tibio, de cielos hermosos, asoma a la ventana de nuestra infancia, confiamos en que la Marianela de otros años nos revivirá esa infancia querida y nos dará esa fuerza tenaz para soportar el duro presagio que nos rodea.

Leamos como ayer. Y soñemos, aunque sea levemente.